

México a contracorriente

Por Enrique Semo

A principios del siglo XXI, las nuevas izquierdas o centros izquierda obtuvieron sonadas victorias electorales en los principales países de América Latina. En 1999 fue electo en Venezuela Hugo Chávez con una amplia mayoría, para permanecer en la presidencia hasta su muerte en 2013. En 2002 en las elecciones presidenciales de Brasil Lula derrotó a Fernando H. Cardoso, representante del “posibilismo” neoliberal y hasta hoy, el gobierno de centro izquierda se mantiene en el poder con Dilma Rouseff. En 2005 se produjo la aplastante victoria de Evo Morales en Bolivia que a fines del año 2014 se presenta y gana su cuarta reelección. Durará en el poder por lo menos catorce años. Daniel Ortega fue presidente en Nicaragua en los períodos 1985-1990, 2007-2011 y se reelige por tercera vez en 2012. En el año de 2006, Rafael Correa gana en Ecuador su primer período presidencial con mayoría absoluta y es reelegido dos veces hasta 2017. En Argentina Néstor Kirchner ganó su presidencia para el período 2003-2007. En ese año es electa Cristina Fernández de Kirchner a la cabeza de una coalición de centro izquierda y gana por mayoría absoluta un segundo período que termina este año. Después de una resistencia empeñada a la privatización de compañías públicas en una serie de referéndums, en Uruguay triunfaba en las elecciones presidenciales de 2004 Tabaré Vázquez, representante de un amplio frente de centro izquierda. Lo sigue José Mujica en 2010, y regresa Tabaré Vázquez, quien acaba de iniciar su segunda presidencia que termina en 2020. En El Salvador no fue sino en 2009 que

la izquierda acceda al poder al tomar posesión Mauricio Funes del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Al terminar su período en 2014, otro compañero de partido y su Ministro de Educación ad. honorem, Salvador Sánchez Cerén excomandante de las guerrillas, gana las elecciones y gobernará hasta 2019. Si a esa lista agregamos a Cuba que persiste en su proyecto socialista y ha logrado una victoria sonada al obligar a los Estados Unidos a negociar el levantamiento del bloqueo sin ninguna concesión política del Estado revolucionario tenemos una imagen muy estimulante de las posibilidades de una izquierda reformista en América Latina en pleno dominio mundial del neoliberalismo. Las victorias políticas logradas por las izquierdas latinoamericanas son indudables, pese a la feroz contraofensiva de las oligarquías locales y Washington que estamos presenciando en estos últimos dos años.

Esas victorias se deben en buena parte a la crisis del Estado neoliberal envuelto en contradicciones insolubles: Debe promover la extracción de riquezas (compra de empresas locales) con un flujo nulo o exiguo de inversiones productivas. Un proceso que en lugar de crear nuevas formas de riqueza se apropia de las ya existentes para depredarlas. En medio de crecimientos muy bajos o nulos, algunas funciones de ese Estado se vuelven muy difíciles e incluso imposibles: la redistribución permanente del poder entre diferentes sectores de la clase dominante; la cooptación de grupos sociales (sindicatos, organizaciones populares y otras de naturaleza clientelista) para facilitar el control y la represión de las mayorías populares.

La nueva izquierda o frentes progresistas lograron construir en esos países un importante consenso social, para enfrentar la hegemonía de la fuerzas neoliberales, ese consenso se sustenta en medidas democráticas que reconocen las desigualdades sociales como resultado de las relaciones de libre mercado y cohesiona la democracia electoral. Sostiene el rescate de la soberanía nacional especialmente de los recursos naturales. En las decisiones políticas, reivindica el papel del Estado como compensador de los efectos negativos del mercado. En algunos casos promueve la descolonización cultural y política. Eso ha permitido cuestionar el imposibilismo antineoliberal o sea, el lema de Margaret Thatcher: "No hay otro camino."

Una de las limitaciones de esos gobiernos es que muchas veces se ven obligados a gobernar en coaliciones en las que participan no solo fuerzas políticas de izquierda sino otras, incluso de centro derecha y derecha. Eso impone muchas limitaciones a su quehacer político.

Los logros electorales de los candidatos opuestos al continuismo neoliberal y sus múltiples reelecciones demuestran un gran y creciente apoyo social, respuesta a políticas que en aspectos básicos responden a necesidades populares: democracia participativa, elevación del nivel de vida de las mayorías, respeto a las diferencias étnicas y nacionales, lucha contra el desempleo, austeridad en los gastos del Estado y mejora de los servicios públicos, son algunos de los rasgos de esos gobiernos. Sin embargo todas ellas están todavía en una etapa inicial.

Así en la primera década del nuevo siglo, la situación política y social en el subcontinente ha cambiado fundamentalmente. El clima ideológico es diferente y

sería un error subestimar la influencia de este fenómeno. Después de un dominio turbulento y frecuentemente dictatorial de una serie de gobiernos marcadamente neoliberales, el ascenso de fuertes movimientos sociales y protestas ciudadanas y obreras culminaron en la victoria de corrientes o partidos de centro izquierda o de izquierda. Cada una de esas fuerzas plurales, tiene sus características nacionales peculiares y es diferente a la de los otros países. Pero también existen rasgos comunes que les han permitido colaborar en una serie de iniciativas internacionales y continentales y desarrollar un alto grado de solidaridad política frente al imperialismo norteamericano. Logro importante de las nuevas izquierdas ha sido frenar el desarrollo del Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA) y promover la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA).

Una mirada general sobre la historia reciente de América Latina permite constatar los serios obstáculos que enfrentan los gobiernos animados por el deseo de acabar con la funesta historia del neoliberalismo en la región. El dominio del neoliberalismo en la esfera económica se mantiene a pesar de que los ciudadanos lo han rechazado una y otra vez en las urnas. Eso se debe en gran parte a la acción de los numerosos mecanismos financieros y comerciales para disciplinar a gobiernos rebeldes. En primer lugar existe la presión de los acreedores sobre gobiernos fuertemente endeudados para rechazar programas que no están dentro del Consenso de Washington. Luego en una larga lista de condicionamientos por parte de organismos como el FMI, el Banco Mundial, pero también los organismos de comercio internacional y el Banco Interamericano de Desarrollo. También se expresa en el condicionamiento de asistencia técnica y la manipulación ideológica aplicada a través de los medios de difusión masiva, controlados casi exclusivamente por las

colonizadas oligarquías locales. El legado del neoliberalismo en la región se siente todavía en la tensión entre “la mano derecha” de los Estados, encargada en mantener la ortodoxia económica y “la mano izquierda”, que generalmente representa los ministerios de gobernación, defensa, educación, salud, trabajo y bienestar social. La primera empuja para conservar la orientación neoliberal y la segunda para impulsar una nueva dirección popular.¹

Sin duda los gobiernos de centroizquierda y de izquierda han logrado poner en práctica políticas progresistas a veces sin salirse completamente del modelo neoliberal. En Brasil son notables las medidas de redistribución y de elevación del salario mínimo que han disminuido el número de pobres; se ha triplicado el presupuesto educativo, creándose 22 nuevas universidades y 80, 000 becas para posgrados; la política internacional que ha jugado un papel determinante en la formación de tratados de libre comercio, otros organismos latinoamericanos y la participación en los BRICS que van creando bloques de colaboración internacional libres de la intervención norteamericana. Hablando de la virtud principal de Lula, Emir Sader escribía “Es la de la capacidad de construir alternativas al neoliberalismo en tiempos de absoluta hegemonía neoliberal, en escala mundial, regional y local. Lula supo colocar las prioridades sociales en políticas concretas, para lo cual tuvo que construir la estrategia política que viabilizara un gobierno con esa prioridad, en condiciones en que no tenía mayoría en el Congreso.”

En Bolivia, la izquierda representa a una sociedad abigarrada, con múltiples movimientos que tienen raíces a la vez en sectores modernos, comunidades

¹ Barret, Patrick, Daniel Chávez y César Rodríguez-Garavito. *The New Latin American Left. Utopia Reborn*, Pluto Press, 2008, p. 21.

agrarias e incluso pueblos nómadas. En asociaciones étnicas, productivas, asociativas y culturales y que representan muy diversas formas de organización y participación. Los ensayos de reforma institucional y constitucional no han impedido a Bolivia, tener una economía sólida. Bajo el gobierno de Evo Morales el PIB se ha duplicado y las tasas anuales de crecimiento son altas. La estabilidad macroeconómica es ejemplar. Los intentos de la derecha por desestabilizar el país han fracasado y la participación de los indios y mestizos en todos los renglones de la vida ha aumentado considerablemente en un país regido por una oligarquía criolla.

En Venezuela quizás el desarrollo más importante ha sido la implementación de nuevos mecanismos de participación popular y la transformación de la cultura política que asegura la inclusión de la mayoría pobre que históricamente había sido excluida. La presencia activa de las “clases peligrosas” en la escena política, cada vez más informadas, movilizadas y organizadas, decididas a salir de su pobreza, falta de educación y de salud y de la pasividad anterior, explica el violento rechazo al chavismo por las clases medias y altas, caracterizadas por su racismo. La oligarquía ve en las *hordas* chavistas una amenaza a sus privilegios y culpa al chavismo de la polarización de la sociedad venezolana, una polarización que en realidad responde a la lucha de los pobres por la igualdad y la desesperada resistencia de las oligarquías y sus aliados internacionales. Venezuela ha jugado un papel decisivo en el abastecimiento de petróleo a Cuba y a la formación de los nuevos tratados sudamericanos.

El kirchnerismo puso el país sobre sus pies después de la arrasadora crisis de 2001. Recuperó a la clase media, redistribuyó riqueza hasta alcanzar a la mayoría de la población. La continuidad de ese esfuerzo puede perderse si gana Macri.

A la vez que aparecen problemas económicos debido a la caída de los precios de las materias primas, en los dos últimos años los gobiernos de izquierda de América Latina han estado bajo constante y virulento ataque. Se trata de una nueva estrategia: los golpes blandos que buscan derribar a sus presidentes democráticamente electos. Con campañas mediáticas que incitan al descontento social y la deslegitimación política, provocan la violencia en las calles, guerras psicológicas y paros. Con ello se trata de transformar “a una minoría política en mayoría, ampliando sus reclamos, crispando las controversias y desgastando a la verdadera mayoría que gobierna, con el propósito de causar la caída de los gobernantes por medio de actos judiciales o parlamentarios. Esta ofensiva en la región ya lleva tiempo. Condujo a los golpes de Estado y derrocamiento de los presidentes de Honduras y Paraguay, Manuel Zelaya y Fernando Lugo. Mucho más, a intentos golpistas contra todos los gobiernos posneoliberales, excepto el de Uruguay, y hoy, además de en Brasil, continúan los aprestos desestabilizadores en Ecuador, Argentina, El Salvador y, por supuesto, Venezuela que posee las mayores reservas de petróleo del planeta.

Desde Ecuador que estuvo en el ojo de la tormenta, Rafael Correa advierte que se trata de una estrategia continental que va a continuar. Desde junio del año pasado se han multiplicado las protestas violentas en Quito y Guayaquil intentando desestabilizar el gobierno. Correa ha llamado varias veces al dialogo nacional para

debatir sobre equidad, distribución de la riqueza y los beneficios populares que tendrían las nuevas leyes sobre Herencia y Plusvalía, pero la ultraderecha ha rechazado las propuestas. En Brasil han utilizado el escándalo de la corrupción en Petrobras y la política de austeridad para que una gran campaña mediática y protestas coordinadas exijan la renuncia de la presidenta. En Bolivia el Comité Cívico Potosínista (Comcipo) ha llevado a cabo protestas que siguen el guion violento de los llamados comités cívicos, que son utilizados por la derecha para bloquear la gestión progresista del mandatario Evo Morales. Cada día es más claro que las luchas continúen y se agudizaran y que solo se puede avanzar, acelerando las reformas y ampliando el apoyo popular de los gobiernos de centro izquierda e izquierda. Se alza el fantasma “el fin del ciclo progresista” que numerosos autores de la derecha y algunos de la extrema izquierda han levantado. Los mismos que calificaban estos gobiernos como continuadores del neoliberalismo ahora descubren afligidos “el fin del ciclo progresista” probablemente la primera etapa “posneoliberal” este llegando a su fin y después de esa crisis solo hay dos opciones: o el regreso al neoliberalismo o la radicalización de las reformas antineoliberales: 1) avanzar hacia un nuevo modelo productivo abatidor de la pobreza, amable con la naturaleza y una nueva matriz energética, dejando atrás el extractivismo; 2) reforzar la participación en el mundo multipolar; 3) necesidad imperiosa de profundizar la integración latino-caribeña y de desactivar las maniobras para su desintegración; 4) enfrentar la derecha recargada o la nueva derecha y elaborar un proyecto político atractivo, basado en las lecciones adquiridas que integre a los jóvenes y los sectores más pobres de la sociedad; 5) fortalecer los liderazgos y consolidar la dirección colectiva de organizaciones independientes de a

izquierda; 6) seguir ganando las batallas electorales a nivel nacional y local como condición de irreversibilidad de los procesos de cambio.

La trayectoria de México durante ese periodo es radicalmente opuesta al de los gobiernos latinoamericanos en los cuales la nueva izquierda o el centroizquierda, ha ascendido al poder. Aquí el neoliberalismo ha entrado por la puerta grande desde mediados de los años 80's y los gobiernos que hemos tenido a partir de entonces, han seguido al pie de la letra sus principios. Carlos Salinas de Gortari, Ernesto Zedillo, Vicente Fox, Felipe Calderón y Enrique Peña Nieto han mantenido la línea trazada por el Consenso de Washington. Los dos partidos que se han sucedido en el poder PRI y PAN, han aplicado las mismas recetas, asegurando la continuidad y demostrando que constituyen un bloque neoliberal cerrado, desde 1988 hasta el presente. Si consideramos como derecha a las fuerzas económicas, sociales y políticas que se identifican con los designios globales del capitalismo neoliberal y lo que esto implica en términos de políticas nacionales, de aumento de las desigualdades sociales, destrucción del Estado con responsabilidad social, control de los medios de comunicación, la corporativización de los partidos y la corrupción y la impunidad en la clase política, podemos decir que la derecha ha gobernado a México durante más de 35 años. En el ambiente ideológico en el cual vivimos "sentido común" significa obediencia irrestricta a las políticas del FMI, el Banco Mundial y del Consenso de Washington. Se manipula el miedo para eliminar la esperanza, se estimula la despolitización de la juventud. Se acepta como dogmas la prioridad de la lógica del mercado, para la regulación no solo de la economía sino de la sociedad y el individuo en su conjunto; se ensalza las privatizaciones de los recursos naturales, la liberalización total del comercio internacional; la demonización

del Estado como regulador de la economía. Según esta ideología nos hallamos bajo el dominio de la globalización neoliberal y no hay alternativas fuera de ella. Por lo tanto para no estar en conflicto con los tiempos debemos aceptar silenciosamente sus mandatos. El definitivo triunfo de los mercados se traducirá en una política económica homogénea para todos.

El Estado mexicano se ha retirado de sus funciones económicas como inversionista y como agente activo del desarrollo económico a través de la desregulación, la privatización de las empresas públicas, la cancelación de los programas de fomento económico y la reducción de los salarios reales. La apertura comercial indiscriminada y la llamada “reconversión industrial” que impone el dominio de las maquiladoras orientadas a la exportación, son dos caras del mismo proceso.

La firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), mejor conocido como NAFTA en 1994 abrió las puertas irrestrictamente a la inversión extranjera, fundamentalmente norteamericana. Se privatizó la banca y se dio fin a la reforma agraria, abriendo la puerta a la privatización de los ejidos. La economía informal adquirió un carácter estructural, probando que la demanda decreciente de trabajo en la producción se ha transformado en un excedente crónico alucinante de trabajadores: el 50% de la fuerza de trabajo está en la economía informal. El único éxito importante ha sido hasta ahora convertir a México en un importante exportador de productos industriales que se ha confundido con la incorporación al proceso de globalización. Estos pasaron de representar el 28% de las exportaciones en 1994, al 48% en el año de 2007. El éxito de México como exportador de manufacturas se

refleja en términos de valor corriente. En 1980 estas eran de 1868 millones de dólares y en 1990, de 11 567 millones. En 2002 se producían ya un millón de automóviles en México, 66% más que en 1994 y el ritmo de crecimiento en ese rubro siguió siendo alto en los años siguientes. De esa manera podemos hablar de dos economías, la dedicada a la exportación de manufacturas que crece a buen paso y la economía ligada al mercado interno que está totalmente estancada. Además, hay que decir que las maquiladoras que explican este aumento son principalmente extranjeras, su integración con la industria nacional es baja y los salarios también.

Desde 1988 la economía y la sociedad han conocido cambios profundos a partir de un golpe de Estado pacífico orquestado por una tecnocracia formada en Chicago. Estos cambios se pueden resumir en las siguientes manifestaciones: 1) Sustitución del sistema mixto de la economía por un sistema basado en el libre mercado. 2) Prioridad absoluta en el equilibrio macroeconómico. 3) Desregulación del sector financiero. 4) Liberalización del comercio exterior. 5) Amplia apertura de la economía a la inversión extranjera directa. 6) Privatización casi completa del sector público. 7) Privilegios al sector privado y suspensión de los subsidios favorables a las mayorías. 8) Sistema político multipartidista. 9) Abandono de la ideología del nacionalismo revolucionario y adopción de una ideología neoliberal. 10) Reforma a la Ley del Trabajo, nulificando paulatinamente las ventajas adquiridas por los trabajadores. 11) Sustitución de la educación pública media y superior por la educación privada. 12) Restitución paulatina de la intervención de la Iglesia en la política. 13) Se sigue el desmantelamiento de los ejidos y las comunidades sobre todo los de recursos turísticos, ecológicos, pesqueros y semiurbanos. 14) Se mantienen rigurosamente las políticas de subordinación a Estados Unidos. Las

reformas de Peña Nieto aprobadas durante los veinte primeros meses de su gestión: la reforma energética, la reforma educativa, la reforma laboral y la reforma político electoral, son la culminación del proyecto de nación estrictamente neoliberal.

En México, la reforma electoral ha abierto algunos canales a la expresión popular. El sistema tripartita que surgió creó en un principio esperanzas. No es casualidad que en dos ocasiones de irrupción tumultuosa popular en la política, esta se realizó a través de las elecciones de 1988 y 2006. La tesis de la “transición democrática” se hizo muy popular entre los intelectuales. Tal parecía que lo único que quedaba a discutir era el cómo, cuándo y dónde se daba cada paso en la culminación del proceso. Ahora sabemos que esta fue una ilusión. Se ha producido una regresión antidemocrática que progresivamente ha vaciado el sistema de todo contenido popular. Los asuntos que afectan el bienestar colectivo han sido transformados en “problemas técnicos” cada vez más alejados de la voluntad popular, de los debates nacionales y transferidos al quehacer de los “expertos”. En el presente tenemos una democracia extraordinariamente primitiva, marcada por la violencia criminal, el clientelismo, el corporativismo y el obstáculo decisivo de la desigualdad económica extrema que impide la realización de toda igualdad política. Existe una política focalizada de ayuda social dirigida a los núcleos “peligrosos” y una nueva clase media construida a base de crédito que, si bien dividida, es mayoritariamente favorable a la situación actual.

Sin embargo, dos fraudes electorales, el de 1988 y el de 2006; el distanciamiento de la clase política de los grandes problemas sociales; el crecimiento del crimen organizado y de la corrupción masiva, ponen en riesgo la democracia incipiente recién conquistada. Podemos decir que las viejas formas de

dominio tienen una reciedumbre mayor que el cambio democrático. A partir de 2006, el ejército ha sido sacado a la calle con el objetivo explícito de la lucha contra el narcotráfico. Pero ahora adquiere un sentido represivo que los sucesos de Ayotzinapa pusieron en evidencia. Los miles de desaparecidos y muertos no son únicamente personas ligadas al narcotráfico y al crimen organizado, sino también activistas reales o potenciales de los movimientos sociales, preferentemente jóvenes. Se está constituyendo un Estado militarizado en el cual la corrupción es el intermediario entre crimen y política.

México en todos los sentidos, marcha a contracorriente de los logros de los movimientos sociales, los partidos de la nueva izquierda y de los gobiernos progresistas de Latinoamérica. Marcha a paso acelerado hacia una subordinación a los Estados Unidos en un bloque en que no puede jugar otro papel que el del ratón frente al gato. Seis presidentes neoliberales, dos partidos que se alternan en el poder cuyas ideas coinciden con las del "Consenso de Washington" es el balance político de los últimos treinta y tres años.

No faltan las alternativas económicas al proyecto neoliberal, que han sido expuestas detalladamente por diferentes grupos de intelectuales, el problema que impide el cambio en nuestro país es total y completamente político. Las izquierdas mexicanas no han podido realizar el cambio de régimen y de orientación que se ha producido en la mayor parte de América Latina para colocar lo social y lo popular en el centro. En parte, esto se debe a los fraudes electorales, la represión y las campañas publicitarias que el bloque de derecha en el poder ha puesto en marcha. Pero también hay que decirlo contundentemente a atrasos, errores y corruptelas de las propias izquierdas. Si estas no logran corregir el rumbo, la situación no cambiará.

Para todo aquel que se siente parte de ellas, la tarea más urgente y actual es hacer un balance de estas tres décadas de fracasos de la nueva izquierda que en nuestro país nació alrededor de 1988 y 1994. “Es necesario comenzar preguntándonos – como escribía Gramsci- Por qué perdimos, que éramos, que queríamos, adonde pretendíamos llegar” y a donde hemos llegado.

Si, ¿a dónde hemos llegado? A una izquierda electoral dividida y una izquierda social dispersa. A gobiernos locales supuestamente de izquierda que no representan las demandas del pueblo y que participan en las redes de corrupción de la derecha. Al vacío ideológico y el dominio pedestre de un pragmatismo desprovisto de todo principio ético. Y sin embargo la nueva izquierda mexicana nació como las demás de América Latina a raíz de un imponente movimiento popular. Fue precedida por un gran movimiento de solidaridad popular tras el sismo de 1985; las movilizaciones de los estudiantes del CEU en 86; las luchas por la vivienda de múltiples organizaciones vecinales; por los recios movimientos sindicales reprimidos a partir de 82; por los movimientos guerrilleros de los años 60-80.

A la candidatura de Cárdenas en 1988, se sumaron decenas de organizaciones de todo tipo y centenares de miles de ciudadanos de todos los credos: nacionalistas, comunistas, troskistas, antiguos guerrilleros, cristianos de la teología de la liberación. Durante los primeros años de vida del PRD se obtuvieron victorias importantes en muchos frentes, entre las cuales se cuentan los diecisiete años de gobierno en el DF. Pero poco a poco se impusieron prácticas nocivas. El PRD tal como fue concebido e impulsado originalmente ya no existe, cuatro tendencias centrales lo han alejado de sus orígenes y de su carácter de izquierda: 1) la cultura antidemocrática que propicia la corrupción y la impunidad al interior del

partido; 2) el alejamiento del partido de los movimientos populares, sus luchas y demandas locales y la concentración exclusiva en lo electoral; 3) los malos gobiernos y representantes populares del PRD que le dieron y dan la espalda al pueblo y a su ideario de izquierda; 4) la pérdida de autonomía y la colaboración con la derecha desde las alianzas electorales hasta el apoyo a reformas neoliberales.

Nuestra meta no puede reducirse a la elección de un presidente, sino que es la aspiración de cambiar la orientación actual de la política que ha sumido a la sociedad mexicana en una situación que Durkheim llamo de anomia. En esas condiciones ha surgido el Movimiento Regeneración Nacional (MORENA) impulsado por Andrés Manuel López Obrador. En un periodo breve ha logrado construir un movimiento que poco a poco adopta las características de partido político. En las pasadas elecciones de 2015 logró una votación importante en varias partes del país, especialmente el Distrito Federal. Más allá de los resultados electorales se situó el impacto político que produjo en la opinión pública y el ánimo que despertó en la población descontenta al probar que es posible vencer a las alianzas oligárquicas. Entre los logros de MORENA deben destacarse el conjunto de principios ético-políticos que ponen énfasis en la posibilidad de hacer política en una forma distinta a la impuesta por el PRI.

Sin embargo el nuevo organismo enfrenta retos importantes y necesita probar su orientación, estilo y honestidad frente a ellos. La formidable maquinaria y cultura corporativa heredada de 80 años de dominio priista no será fácil de vencer, pero si la nueva organización cae en los mismos vicios que caracterizan hoy al PRD, su futuro será el mismo. Se acercan tres años decisivos de pruebas continuas: mantener el partido-corriente libre de corrupción; derrotar todos los intentos de disolver los

estatutos democráticos para imponer las leyes seculares del clientelismo y el caciquismo dentro del partido; asegurar que los gobiernos locales de MORENA respondan íntegramente a los deseos de sus electores pese a las grandes dificultades que impone la estructura federal en manos del gobierno de derecha y la presencia ominosa del narcotráfico. Haciendo frente a los medios que en su mayoría responden a la oligarquía en el poder, salir a explicar pacientemente a los ciudadanos del campo y la ciudad, los problemas que tiene el país y la forma de resolverlos. El ciudadano no es solo un elector, la izquierda no puede contentarse con el voto, la propaganda electoral no puede sustituir la explicación, el cambio comienza hoy con la construcción de un partido de nuevo tipo, de una nueva hegemonía. *Hic Rhodus, hic salta.*

Bibliografía

1. Zovatto, D. 2011. *Informe Latinobarómetro 2007: Conclusiones principales.*
2. Aboites, Hugo, et al. *Izquierdas mexicanas en el siglo XXI problemas y perspectivas*, UNAM, México, 2013.
3. Ortega, Max y Ana Alicia Solís de Alba. *La izquierda mexicana una historia inacabada*, Ed. Itaca, México, 2012.
4. Anguiano, Arturo. *El ocaso interminable política y sociedad en el México de los cambios rotos*, Ed. Era, México, 2010.
5. Reveles Vázquez, Francisco (coord.). *Los partidos políticos en el México ¿Crisis, adaptación o transformación?*, UNAM, México, 2005.
6. Barrett, Patrick, et al. *The New Latin American Left Utopia Reborn*, Pluto Press, Londres, 2008.
7. Regalado, Roberto (coord.). *La izquierda latinoamericana a 20 años del derrumbe de la Unión Soviética*, Ocean Sur, México, 2012.
8. Iliades, Carlos. *De la social a Morena*, Ed. Jus, México, 2014.
9. Almeyra, Guillermo, Bernardo Bátiz, et al., *La transición difícil*, La Jornada ediciones, México, 1998.

10. Martínez González, Víctor Hugo, *Fisiones y fusiones, divorcios y reconciliaciones: la dirigencia del Partido de la Revolución Democrática (PRD) 1989-2004*, Centro de Estudios Políticos y Sociales de Monterrey, UNAM, México, 2005.
11. Romero, Raúl y Octavio Solís, *Resistencias locales, utopías globales*, Yod Estudio, México, 2015.
12. Vidal, Gregorio, Arturo Guillén y José Déniz (coords.) *América Latina: ¿Cómo construir el desarrollo hoy?*, Fondo de Cultura Económica, México, 2013.